

Jueves, 18 de noviembre de 2010 - Día Mundial de la Filosofía

VII Jornada Internacional de Filosofía Práctica y Musicoterapia

Recital Filosófico, Poético, Musical y Pictórico

SOBRE SÓCRATES, LA PAZ Y LA RISA

La Paz. Las palabras que pesan y pasan

Estamos a punto de recoger los agrazones del siglo pasado que se propuso camuflar la metafísica y la ética excluyéndolas del pensamiento filosófico. ¿Y...? Pues que la posmodernidad vino a alimentar el escepticismo. Mas no: sin creencia en sí mismo y en el otro; sin metafísica y sin ética no hay convivencia posible, ni posible alianza de civilizaciones, ni ciudadanía, ni solidaridad, ni paz. No desde el escepticismo, ni desde el 'dejar hacer, dejar pasar' se construye la imprescindible ética de cuidar de sí y de los demás, de la solidaridad y de la paz. El siglo XX lo confirma con creces: el siglo de la historia con más guerras y por eso se ha merecido el triste título de 'el siglo XX como guerra', el siglo de la "anti" paz, en siglo en el que, a decir de María Zambrano, Europa parecía agonizar.

Desde la caída del muro de Berlín, en 1989, los ríos de las ideologías nos desbordan y fijan como único desagüe el progreso económico en nombre del cual los neoliberales enarbolan su bandera axiológica conformada por la trilogía consumista-individualista-pragmática.

¿Resultado? La moral neoliberal enhebra mercado y progreso, haciéndolos equivalentes: como si bueno fuera cuanto favorece el intercambio y la ganancia, y malo e irrelevante cuanto los perjudica. Sin más templos ni altares que los zocos y mercados, sin otras ofrendas que las mercancías ni otros valores que lo rentable, el neoliberalismo incentiva la estética del *glamour* y de la moda, impone la ascética del consumo, difunde la mística de la liberalización, practica el deporte de la competitividad desmedida y agiliza el flujo de capitales y productos: todo ese engranaje nos cimbrea alocadamente como a tamarindos.

La mundialización domeñada por los neoliberales impone un pensamiento único, neutraliza sentimientos, borra las identidades. El mérito del ser humano se valora por la capacidad de éxito y de generar ingresos. Pero los hombres, como las olas del mar, son siempre diferentes. ¡Lástima!: una región, un país, un continente cuentan y valen en proporción con lo que produzcan, sin reparar en su cultura autóctona, en sus modelos de vida o de costumbres.

Por el contrario, *solidaridad* es adhesión a la tarea de alguien. Y solidario viene de sólido, es decir, firme, asentado en razones fundadas. La solidaridad es el baluarte de la ciudadanía; esfuerzo de alteridad. ¿Tiene sus luchas? Sí, pero siempre de noche: como la lechuza y el topo.

Solidaridad es pensar *quién es, qué hacer al otro, para qué fines, con qué método*. Si reparáis un poco veis que la *solidaridad* es el remedo de la *filia* y del *Eros* de la filosofía griega. Es el nombre laico de *fraternidad* y *caridad* de la filosofía cristiana. La fraternidad es más que solidaridad, su imperativo viene del Otro. Y la paz es obra de la solidaridad que proviene de la justicia. Y educar para la paz implica enseñar a reconocer al otro al escuchar sus argumentos, a entender sus limitaciones, a negociar con él, a llegar a acuerdos. No doblarse a mi capricho como un juncal a la dirección del viento. Todo queda por revisar en nuestra manera de vivir: ¿unos con otros o unos contra otros?

Prof. Doctor Pedro Ortega Campos

Catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca, Doctor en Sociología por la Universidad Complutense y Asesor Filosófico. Investigador y Profesor de Sociología, Filosofía, Psicología y Pedagogía